

LA TAMBORRADA DE SAN SEBASTIAN

JAVIER MARIA SADA

Sería absurdo, por parte de quien esto escribe, siquiera el pretender demostrar que está en posesión de los motivos concretos que originaron la Tamborrada, porque ninguna información positiva nos ha llegado sobre su primera edición, propiamente dicha, salvo que, nacida espontáneamente del pueblo, a raíz de unas especiales circunstancias, fue tomando cuerpo por sí sola, concluyendo, con el paso del tiempo, por ser lo que ni remotamente pensaron sería quienes la crearon.

La fiesta donostiarra de y para los donostiarras. La fiesta que, pese a su espectacularidad, deja de ser espectáculo cuando la presencia un donostiarra.

Quien ve, hoy, en la Tamborrada, tan solo a la comparsa que recorre las calles tocando un kalejira, dista tanto de apreciarla en todo su valor como quien se conforma con la portada de un libro, despreciando su texto.

Porque la Tamborrada, pese a su vestuario, ha superado a aquella carnavalada de antaño, de la que Dionisio de Azkue, «Dunixi», decía ser «bonita, llamativa y, sobre todo, contagiosa de alegría a las personas siempre dispuestas a dejarse ganar por las marcialidades de tan divertido ejército».

En la actualidad, la Tamborrada ha adquirido una personalidad y significado propio, resultando, su celebración, una especie de termómetro que marca la temperatura festiva del pueblo con todas sus consecuencias. Es el espíritu popular donostiarra, materializado en rataplanes que proclaman su existencia. La Tamborrada es un símbolo que cuando falte anunciará el comienzo de la decadencia de una raza de hombres que, haciendo voluntariamente de la ciudad su ciudad, se comentran con el pasado, manteniéndolo como realidad presente y colaborando para garantizarle un futuro eficaz y seguro.

Es, desde luego, la Tamborrada un símbolo pequeño en comparación con otros de mayor interés y trascendencia. No hemos, por tanto, de exa-

gerar su misión. Pero sí considero oportuno que, por su popularidad y repercusión, nos fijemos un poco en él. Viajaremos para ello por los comentarios que gran número de escritores han dedicado a sus orígenes, intentando unificarlos, mencionando los de más solvencia y recopilando cuanto ha sucedido en torno de su celebración a lo largo de la historia, con el propósito de presentar un amplio resumen de las versiones que sobre el tema nos han ido llegando.

Es curioso que la alegre temporada festiva donostiarra de los carnavales se iniciara con un desfile guerrero, pero «no hay que olvidar —decía José María Salaverría—, al hablar del ronco redoblar de los tambores marciales, con pavorosa exhibición de morriones, mandiles y hachas de zapadores, que en San Sebastián han sufrido los horrores y angustias de la guerra y la ocupación militar de los extranjeros y el paso de los batallones en batalla».

Durante la guerra de la Independencia soportó a las tropas napoleónicas y en seguida vio invadir sus calles a los regimientos británicos y portugueses. Más tarde, en la primera guerra carlista, volvían a desembarcar las fuerzas inglesas con sus escuadrones de granaderos ostentosos, sus pífanos y sus broncos tambores. Se explica que el alma de la ciudad quedara saturada de emociones militares y que las escenas soldadescas que tan hondamente había vivido se convirtieran en obsesión y cristalizaran, luego, a través del humorismo carnavalesco, en esa Tamborrada que viene haciendo las delicias de todos.

Diariamente los donostiarras conocieron la solemne ceremonia de la apertura y cierre de las puertas de sus murallas, a las siete en invierno y a las diez en verano, con protocolo propio y realizada con el más severo requisito militar, al son de la caja y pífano. El recio ambiente castrense de la ciudad se veía confirmado —escribió Vicente Escudero— «por los toques militares para pífanos, clari-

netes y tambores, que fueron instituidos, o por lo menos ordenados en su formación, por Carlos III —y que figuraban en la ceremonia—, interpretando los de “Generala” y “Marcha de los Infantes”, que en aquella época era una mazurca con una muy graciosa estrofa, cuya reexposición llevaba un pintoresco contrapunto perfectamente coordinado».

Aquella ceremonia del cierre de la puerta constituía, por tanto, todo un espectáculo con gran poder de atracción para pequeños y grandes, pues, no en vano, asistían el alcalde y el militar de mayor graduación de servicio. No es difícil suponer a multitud de niños imitando, detrás de la comitiva, con latas y palos, a los personajes de tan severo desfile, que concluyó en 1863.

Los protagonistas de la ceremonia del relevo de la guardia, desde el Cuartel de San Telmo, hoy Museo Municipal, cubría las calles de la Trinidad (hoy 31 de agosto) y San Jerónimo, pasando por distintos lugares que, al decir de la tradición, marcarían el comienzo u origen de la fiesta.

La Fuente de Kañoietan estaba ubicada en la Plazoleta del Parque de Artillería —hoy Plaza de don Alvaro del Valle Lersundi— y a ella acudían los soldados de la Administración, ya que muy cerca del lugar se encontraba el cuartelillo donde tenían el horno de cocer el pan. Igualmente acudían a esta fuente las «neskcachas» de los alrededores, las cuales, después de pedir turno, se sentaban sobre los «burutes» o fondo de las herradas a esperar su chanda.

Militares y paisanas empleaban para transportar el agua unos barriles

largos, estrechos y ventrudos por su parte media, configuración que permitía a sus poseedores sentarse a caballo sobre uno de los lados, en tanto que el otro, levantado, permanecía a la misma altura.

Y así, tamborileando con los dedos sobre el círculo del barril, silbando canciones populares, surgió la diana del día de San Sebastián.

Un año, muy de madrugada, todos los reunidos trataron de conmemorar de algún modo el día del patrono de su pueblo, y, como algunos de ellos fueran hábiles maestros del flageolet, especie de chirimbo que hacía las veces de pífano en la antigua banda de alabarderos, comenzaron a dar una serenata a los vecinos.

Militares y gentes adheridas al jolgorio organizaron un animado kalejira en el que predominaba el ruido del acompañamiento de los barriles, sacados de las tahonas cercanas, quedando constituida la primera «Tamborrada» o, todavía entonces, barrilada.

Resumiendo lo escrito, diremos que en los teóricos orígenes de la Tamborrada aparecen tres figuras elementales: el soldado tocando el tambor, el panadero con el barril (al hacerse cargo de las tamborradas las Sociedades Populares el panadero sería sustituido por el cocinero) y la etxeakoandre con la herrada; que la primera Tamborrada fue una diana anunciadora de la sokamuturra que abría el periodo de Carnaval y que su primera edición está datada en la década de los treinta del siglo XIX.

Será a partir del año 1870 cuando, gracias a los archivos de la Sociedad «Unión Artesana», podamos conocer, anualmente, el desarrollo de la



Un aspecto de la Tamborrada Infantil.

fiesta (el año 1861 se estrenó la Marcha de San Sebastián, compuesta por el maestro Sarriegui).

Sabemos, gracias a estos archivos, que la Tamborrada desfilaba ataviada al gusto de cada participante y que su uniformidad se produjo en 1882 cuando en el Cuartel de Artillería aparecieron unos trajes napoleónicos que el Ejército regaló al Ayuntamiento y éste a la citada Sociedad.

Que al margen de «La Fraternal» y «La Amistad», Sociedades contemporáneas de la «Unión Artesana», fue «Donosti Zarra» (1896) en el Antiguo la segunda en sumarse a la fiesta, creando el precedente que llega hasta nuestros días con un saldo de medio centenar de tamborrasas repartidas entre las 12 de la noche del 19 de enero y las 12 de la noche del veinte.

La personalidad y carácter propio que fue adquiriendo la Tamborrada con el paso de los años le permitió supervivir a la prohibición del Carnaval en 1924. En estas fechas la Tamborrada ya se había separado del Carnaval propiamente dicho. Quienes tomaban parte en la Tamborrada no se «disfrazaban», sino que se «vestían». Este pequeño detalle supuso que no afectara el veto a una fiesta que se consideraba, el citado año, suficientemente arraigada con la festividad de San Sebastián y apartada del tantas veces censurado mundo carnalero.

La fiesta sufriría, no obstante, notables dificultades para recorrer las calles de la ciudad. Años hubo en los que no se la dejó salir de noche, y en los que no se la dejó salir de día, en los que hubo de adaptarse a las circunstancias, sobre todo religiosas y políticas, que atacaban su celebración como fiesta propia de gamberros, mal gusto, chabacanada y otras lindezas que impidieron notablemente su desarrollo.

Obvio es decir que a pesar de todos estos pesares, la Tamborrada siguió siendo fiel a la tradición popular de los donostiarras conociendo en tiempos de la República un notable incremento de las Sociedades que decidieron su organización.

Tras el paréntesis de los años 1937/39, en 1940 «La Unión Artesana» y «Gaztelubide» recuperaron la tradicional costumbre de su celebración, que no ha cesado hasta nuestros días.

Es éste el momento propicio para comentar la Tamborrada Infantil. Creada en 1927 por la Sociedad «Euskal Billera», hasta 1960 fue la única que desfiló la mañana del día de San Sebastián. El año 1960 se dio

entrada en la misma a centros escolares. Lo cierto es que fue tan solo uno el que este año se incorporó a la iniciativa que en 1927 tuvieron los de «Euskal Billera». En 1960 desfilaron 80 niños. Al año siguiente lo hicieron 300, 800 en 1962, 1.500 en 1971, 4.000 en 1988 y más de 5.000 están previstos para la edición de 1992. Toda clase de centros de enseñanza se van sumando año tras año a esta fiesta, ataviados con uniformes de la época. Es su peculiaridad que en ella no figuran los cocineros que en la versión de las tamborrasas de adultos suponen un importante capítulo de la fiesta. Está su razón en que «Euskal Billera», cuando fundó la Infantil, vistió a todos los participantes con trajes que querían ser napoleónicos y las que le acompañan a partir de 1960 siguen el ejemplo iniciado por Mauricio Echániz, creador de esta fiesta como presidente, que fue, de la Sociedad «Euskal Billera».

Otra peculiaridad moderna de la Tamborrada, en este caso de la de adultos, es la incorporación de la mujer iniciada hace aproximadamente diez años por la Sociedad «Kresala».

Hasta que la citada Sociedad lo hiciera, la mujer intervenía en la Tamborrada ocupando papeles pasivos: cantineras, abanderadas, etc. «Kresala» la incorporó siguiendo la tradición: no disfrazada de soldado ni de cocinero, sino vestida como correspondía a la mujer donostiarras de principios del XIX e incorporada, como tal mujer, a la tradición popular del origen de la fiesta: la ama de casa que acudía a las fuentes para proveerse del agua que no disponía en su casa y tocando no el tambor ni el barril, sino la herrada.

Para terminar, citemos algunas curiosidades del Día de San Sebastián como pueden ser los actos de izar y arriar bandera en la Plaza de la Constitución.

La arriada comenzó el año 1924. Se celebraba sin ningún protocolo ni presencia de público. Acudía la banda de txistularis del Ayuntamiento y era el ordenanza de la Casa Consistorial el encargado de izarla. En 1936, fecha en la que se fundó la Sociedad «Gaztelubide», su directiva decidió sacar la Tamborrada a las doce de la noche del 19 y acudir a izar bandera. Fue el inicio de un acto que, año tras año, supera todos los pronósticos en cuanto a asistencia de público se refiere. La arriada comenzó a celebrarse en 1957, estando encargada de hacerlo la «Unión Artesana» que para ello tuvo que variar su hora de salida; de ser diana pasó a retreta.

La Tamborrada es, por tanto, la fiesta de San Sebastián. Corta para

unos, monótona para otros, pero, en todo caso, la fiesta de los donostiaras. La fiesta singular que tan solo es posible comprenderla sintiéndola en el interior de cada uno.

La Tamborrada de San Sebastián, a diferencia de aquellos lugares en los que la han importado, cuenta con casi doscientos años de antigüedad y con el importante «pequeño deta-

lle» de haber nacido del pueblo para el propio pueblo, sintiéndose tan identificado con ella que puede resultar sencillo el matiz al que hace poco hacíamos referencia: la Tamborrada es un espectáculo que se lleva dentro y que tan solo puede ser comprendido si en lugar de mirarla físicamente la observamos con los ojos del corazón.